

SEMBLANZAS HEROICAS

“Pocas veces he visto a un asesino tan bien retratado. ¿No le parece a usted que ésta es la filiación de ese hombre que acaba de salir?...”

Bolívar.

El comienzo del año de 1824 fué época en extremo tormentosa y aciaga en tierras peruanas para la causa que pugnaba por la independencia de España. Insurreccionadas las tropas de Dámaso Moyano, apresaron al General Alvarado, al General Vivero y a sus Oficiales, y enarbolaron en la fortaleza del Callao el Pabellón de la Península.

El entonces Presidente Torretagle, impotente para satisfacer sus exigencias de dinero, quiso aquietarlas con imposibles promesas que irritaron más y más los ánimos rebeldes.

El Congreso reunido a la sazón, no tuvo más esperanza para conjurar semejante cúmulo de males y detener la tempestad que violenta se desencadenaba por momentos, que volver los ojos al Libertador, a quien impuso de todo lo acaecido y confiriéndole el más amplio poder dictatorial. Bolívar que, con su Estado Mayor se hallaba a cincuenta leguas de distancia, y sus tropas a ciento (el ejército colombiano), pobre de recursos y con salud en extremo quebrantada, respondía a los clamores del Congreso: “Vamos a salvar este triste país de la anarquía, de la opresión y de la ignominia”.

Concentró todo su conato para conquistarse la voluntad de Necochea, quien temeroso por

naturaleza, quería evitarse resquemores y aparentes rivalidades con el General Enrique Martínez, de mayor graduación militar que él. A pesar de todo, Necochea partió al fin para aquella Sodoma militar, encontrando el desconcierto más grande que imaginarse pueda: los Ministerios abandonados, el Presidente Torretagle y Berindoaga, Ministro de Estado, afiliados a los insurrectos y proclamando a voz en cuello:

“Combatir a los colombianos, únicos enemigos del Perú”.

Bolívar, impaciente, desde Pativilca, esperaba ansioso el resultado de la prudencia de Necochea. Impuesto desfavorablemente, dióse a la tarea de **formar un ejército de retazos!**

Animoso, y con la comfortable ilusión y optimismo que jamás le abandonaron, creyó en lo íntimo de su corazón contrarrestar tan difícil cuanto angustiosa situación; y fué entonces cuando llamó al Coronel Manuel Antonio López, y le ordenó escribir la siguiente proclama, dirigida más a una masa multiforme de insurrectos que a una corporación constituída: “¡Peruanos! En menos de seis meses habéis experimentado cinco facciones o defecciones, causadas por vuestros mismos Jefes; las tropas del Río de la Plata han enarbolado el estandarte español en las fortalezas del Callao; se pasan por partidas a las filas del ejército español las tropas del ejército peruano; pero quedan algunos restos de las tropas de Colombia, y diez mil bravos más de la Patria de los héroes que surcan los mares por venir a libertaros. ¿Queréis más esperanzas?”

Semejante situación no le dejaba momento

de reposo y entre noches de insomnio y constante desasosiego, tenía en continuo movimiento a su Estado Mayor. Bien se le comparó hermosamente cuando se dijo de este hombre único: "Ser el sol de la libertad en el corazón del Nuevo Mundo".

Exhausto el Tesoro, no podía disponer de un marco, faltando por consiguiente la materia prima para una empresa de tamaña trascendencia.

Sin desmayos, se dirigió al General Salom, Intendente en Quito, para arbitrar recursos de toda especie. Logró así allegarse doscientos y tantos mil pesos. Con esta suma adquirió "vestuarios, monturas, equipajes y herraduras" para las caballerías. Con estos enseres equipó la tropa que en tan oportunos momentos llegó bajo las órdenes del General Córdoba. Reunió las caballerías dispersas y, ya tenemos a Bolívar con un ensueño hecho hermosa realidad, en un término de dos meses.

Un poco más tarde, diversos grupos vinieron a engrosar sus filas y fué maniobrando sabia y cautelosamente hasta llegar después a la decisiva jornada de Junín.

Estoico vió pasar una a una las mil dificultades que se oponían a su proyecto creador, hasta peligrar en ocasiones su propia vida.

En Huamachuco, viéndose precisado a pernoctar por corto tiempo para poner a sus caballerías las herraduras que habían perdido al trasmonjar la cordillera andina, fué impuesto confidencialmente de que uno de los jefes que llevaba consigo, estaba vendido a sus enemigos por una buena propina para asesinarle. Bolívar

ignoraba quién fuera tan indigno e inmoral instrumento, pero ocasionalmente poseía la filiación. Cavilando, en las interioridades de su alcoba, logró contraer en su imaginación los rasgos fisonómicos de sus subalternos: salió e hizo comparecer a su presencia a un Sargento Mayor, chileno, que hacía dos días se le había reunido para la confección de los clavos y herraduras mencionados. Presente el Sargento, hizo que le acompañara a la sala de su habitación, entablado el más amistoso coloquio. Mientras tanto, estudiaba atentamente la filiación que conservaba en su diestra, quedando íntimamente convencido de la autenticidad de su enemigo.

Tan bondadoso y amable como nunca con otra persona, se mostró con él, diciéndole al final, para desembarazarse de sus servicios: “Los Jefes y Oficiales que se unen conmigo, y que generalmente corresponden a mis esperanzas, siempre son colocados dignamente: usted irá de Comandante de armas a un buen pueblo; ocurra luégo al Estado Mayor a recibir órdenes”.

Muy ceremonioso se retiró el oficial y al parecer agradecido de las bondades del Libertador, y salió inmediatamente, quizá para siempre. Bolívar, luégo que hubo terminado su ingeniosa caza, volviéndose al Coronel López le dice: Pocas veces he visto a un asesino tan bien retratado. ¿No le parece a usted que esta es la filiación de ese hombre que acaba de salir?...

Con tan admirables factores, era imposible que fracasara la causa justa de la libertad de un pueblo.

Una y mil veces, y magistralmente narradas, se ven a diario anécdotas del genio que se

encarnó en Bolívar, pero éstas, como las predicaciones evangélicas, se amoldan perfectamente al dicho popular:

“Siempre viejas y eternamente nuevas”.

De Bolívar no se dirá jamás lo merecido, ni su gloria escatimarán los siglos. Cabe repetir con el inmortal Rodó: “Grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio, grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes, y grande para sobrellevar, en el abandono y en la muerte, la trágica expiación de la grandeza”.

II

“Quiero favorecer la fuga del que me va a matar: no quiero que vaya usted a sufrir por mi causa”.

Nariño

Es excepcionalmente admirable que en aquellos tiempos del más exagerado oscurantismo colonial, pudiera encontrarse en la vieja capital del Virreinato Granadino, un tan alto exponente de cultura como el que representaba Don Antonio Nariño.

Crecido entre una atmósfera sombría, su espíritu ansioso sentía como ninguno la pesantez de la acción retardataria de los Virreyes.

Patriota en grado sumo, mantenía su corazón más allá del presente y en su cerebro evolucionaban las más preciosas utopías.

El amor entrañable que lo poseía, la prosperidad que soñaba para su Patria oprimida, le mantenían en una perpetua desazón.

Ver a la Patria dirigiendo sus destinos, verla **como persona grande**, en contacto directo con las potencias universales, y verla florecer sin el abajamiento caduco de la Monarquía, fue lo que le trajo el padecer de treinta años, los vejámenes, las humillaciones y las tristezas.

“Durante su dramática existencia, Nariño siempre olvidó sus propios intereses para trabajar por dar independencia a su Patria; por ella luchó incesantemente, se arruinó, padeció penalidades sin cuento, hambres, enfermedades, cadenas que le hicieron perder en parte el uso de sus miembros y acabaron por llevarle a la tumba”.

No le intimidaron las funestas consecuencias que él preveía y que fueron efectivas, y lanzó a la publicidad los “Derechos del Hombre y del Ciudadano”, emanados de la Asamblea Constituyente de Francia.

Este hombre admirable tenía, como Bolívar después, “el incentivo de una Patria qué crear, de un Mundo qué redimir”.

Rasgó la vestimenta del recelo, natural en quienes estaban asechados continuamente por las autoridades peninsulares y se dió en cuerpo y alma a cristalizar el ideal sagrado de su corazón. Existencia, como ninguna tumultuosa y sufrida, probó de la ingratitud todas las hieles, y de la prisión todas las amarguras. Magnánimo y noble como el que más, supo perdonar siempre y confundir con arranques de hidalguía a los que iban a clavar en su pecho generoso el puñal asesino.

En 1812, siendo Presidente de Cundinamarca, “empezó a palpar Nariño las enemistades

de sus émulos y subalternos. El Coronel Joaquín Ricaurte, disgustado con las órdenes recibidas del Presidente, le acusó ante el Senado porque decía que pretendía desorganizar las provincias del Norte, y obligarle a aceptar un Gobierno centralista que ellas repugnaban”.

Nariño, contristado, presentó ante tan alta Corporación un Manifiesto para vindicar su conducta y hacer notar la rectitud de sus acciones y la buena fe de sus designios. La sedición tomaba cuerpo y adquiría numerosos adictos que trabajaban por medio de la prensa para fraguar una revolución contra el Gobierno de Nariño, imputándole los cargos de traidor y de tirano. Con este motivo, la víctima decía: “Parece que no es necesario recordar a mis conciudadanos que ahora cinco meses era yo todavía **el mártir de la libertad**, con cuyo título honroso se me condecoraba, y hoy se me da el más odioso de los epítetos llamándome **tirano**”.

No pararon allí las cosas y fué menester apelar a la fuerza de las armas para someter a los rebeldes, necesitando el Presidente Nariño que ponerse al frente de una fuerza armada y trasladarse a Tunja. Aquí se fraguó una conspiración para darle muerte.

Hechos los preparativos secretamente, uno de los conspiradores debía pedir a Nariño una audiencia. Solicitada, le fué concedida generosamente. Encerrados en una alcoba, Nariño que todo lo sabía, se levantó, cerró todas las puertas, y volviéndose a su victimario, con la mayor dulzura le entregó las llaves.

Este, atónito, vacilante y anonadado, le pregunta:

—¿Qué hace su Excelencia?

—“Favorecer la fuga del que me va a matar; no quiero que vaya usted a sufrir por mi causa” le contestó Nariño, y se sentó tranquilamente.

El asesino puso en sus manos las llaves y el puñal que llevaba oculto y le dijo inclinándose: “Creía que venía a matar a un tirano, pero nunca ofenderé a un ángel que lo penetra todo y lo perdona todo”...

—“Siéntese aquí, a mi lado, le replicó Nariño, y hablemos sobre estas cosas de la Patria”... (!!)

III

“El delito de su hijo ha sido contra mi persona, y esta circunstancia mitigará el rigor de la Ley que lo castigue”.

Sucre

Pocas veces, o quizá jamás haya registrado la historia de un hombre, acto que revista los caracteres de generoso desprendimiento, magnanimidad y nobleza de corazón, como el que nos narra del Gran Mariscal Antonio José de Sucre, su Secretario Don José María Rey Castro, hábil pendolista, descendiente de estirpe española, quien en feliz ocasión se presentó en el despacho del prestigioso Jefe, siendo acogido por éste con la generosidad que le fué ingénita, que le distinguió siempre y que no desmintió jamás.

Era en la efervescencia organizadora del Gobierno Boliviano. Un sujeto de mala catadu-

ra llamado Valentín Morales Matos, Comandante patriota que luégo de una larga emigración había regresado a su patrio suelo, impetuoso y arrebatado, poco medía las consecuencias de su palabra meticulosa y grosera. Habíase constituido en gratuito censor de los más triviales actos del Presidente de la República naciente, Gran Mariscal Sucre. En el respectivo Ministerio se ventilaba contra él un asunto que le interesaba grandemente y contra lo esperado, el fallo le salió en extremo desfavorable. Por esta causa concibió y dió cabida en su corazón corrompido a la idea de asesinar, en el primer momento propicio, al General Sucre quien según él, era el causante de todos sus males. Como era natural, le fué del todo imposible captarse adeptos para llevar a **feliz término** tamaña osadía, y decidió ponerse solo al frente de su obra.

Dióse a la tarea de averiguar minuciosamente todo cuanto acontecía en el interior de Palacio: a qué horas faltaba la guardia perpetua; cuándo, precisamente, eran cerradas las puertas de las habitaciones, lo que se practicaba siempre en altas horas de la noche; cuál la alcoba que correspondía al General; cuándo la servidumbre se retiraba a sus habitaciones, y mil más detalles que le favorecieran para llevar a efecto su premeditado y odioso crimen.

En efecto, dueño ya, con lujo de detalles, de toda minucia y de tan necesarios datos, decidió esperar.

...Oscura era la noche; nadie por la calle desierta interrumpía el silencio tenebroso de la hora; un intenso frío helaba los miembros. De

cuando en cuando, a la luz indecisa de los relámpagos de la tormenta lejana, se alcanzaba la silueta de un hombre que, arrebuado en un mantón, esperaba en asecho. Armado de un puñal, en el momento que creyó más oportuno, se metió en Palacio... con sigilo ganó la escalera y se llegó a la puerta del dormitorio de la presunta víctima; intenta entrar, pero una mano de hierro le detiene el paso despojándole del arma homicida que conservaba en la diestra.

El acendrado cariño y la lealtad de José Laya, fueron la salvaguardia en aquella noche de triste recordación, para el inmortal e inmaculado vencedor de Ayacucho.

Como necesariamente el alarma fué grande y descubierto el inicuo proyecto, Morales Matos fué, con justicia, sentenciado a muerte.

Sabedora la madre del asesino de la suerte que corría su hijo, al fin madre, y confiada en la benignidad del Jefe del Gobierno, solicitó insistente y llorosa una audiencia que le fué concedida.

¡¡Lágrimas maternas que ablandáis los corazones más empedernidos!! ¿Qué no haríais ante la síntesis de la humana condescendencia?

La mujer habló, expuso un sinnúmero de justificables sinrazones en favor del condenado.

Sucre la oyó sonriente y por toda respuesta la mandó levantarse y enjugar su llanto. “El delito de su hijo, le dice, ha sido contra mi persona, y esta circunstancia mitigará el rigor de la Ley que lo castigue”.

Pocos días después, el Gran Mariscal conmutaba la última pena a su propio verdugo fracasado, por la de confinamiento a uno de los

Departamentos vecinos, de donde al corto tiempo la misma madre le sustrajo también mediante otro indulto.

No terminó aquí la noble acción del bravo militar. Oigamos las propias palabras del autor de los "Episodios de la historia de Bolivia", sobre lo acaecido posteriormente con relación al hecho que nos ocupa: "Camino del Exterior emprendía Matos, al día siguiente, agobiado de todas aquellas funestas ideas que pesaban sobre su alma al recuerdo del pasado. Mas, ¡cuál sería su sorpresa al encontrar en su maleta de camino una cantidad de dinero que ascendía a la suma de **doscientos pesos!**

Bendijo la mano oculta que le favorecía, y su corazón estalló en un sentimiento inmenso de gratitud hacia esa persona generosa, tanto más digna cuanto que le salvaba de la miseria, de la vergüenza y de las continuas privaciones en las dos veces penosas jornadas del destierro!.

Pocos días habían transcurrido cuando el Mayordomo de Palacio, señor Felipe Alvarez, presentaba al señor Presidente de la República un detalle de su cuenta en el que estaba inserta esta curiosa partida: "**Por una dádiva hecha reservadamente**, de orden de su Excelencia el Gran Mariscal... \$ 200"!!

De esta manera, oculta y generosamente, sin esperar gratitud ni retribución alguna, favorecía la víctima al asesino condenado por la Ley y a quien acababa de levantar del patíbulo...

Incansable en su nobleza, el 25 de mayo de 1827, Sucre expidió en Ancona un Decreto Supremo, en que textualmente decía: "Artículo 3.

El reo Valentín Matos, condenado a muerte y conmutada esa pena en destierro que actualmente sufre por el asesinato premeditado contra mi persona, **queda exento de toda pena por dicho delito**, en virtud de la autorización que tuve del Congreso Constituyente para indultarlo. Antonio José de Sucre”...

Huelga todo comentario. ¡Qué épocas! ¡Qué hombres!!

IV

“La Justicia entra por casa”.

Córdoba.

“¡Córdoba! ¡Córdoba! mi Efestión, mi amigo, mi valeroso Ney! Una gota de su sangre valía más que todos sus enemigos”. Así dijo Bolívar cuando fué impuesto del sacrificio del intrépido antioqueño.

En aquellos tiempos, “todo era grande: el valor, la virtud, el heroísmo, el sacrificio, las aspiraciones y tendencias, y hasta las pasiones y los errores de los grandes hombres”...

Si la corta edad del más joven de los Generales de la Emancipación lo indujo a cometer errores, como aquel cruelísimo castigo a su Edecán, por haberle reclamado “juicio”, y la muerte violenta que dió a Valdés, también en el más acendrado amor a la Patria le llevó a ofrendar la vida en cien batallas por su anhelo irrevocable de unir la suya al rol de las Naciones libres.

Nada en la tierra era bastante para hacerle desistir de sus proyectos. Antes de Patria, sólo a Dios veneraba en los altares de su corazón. Ni la sangre que corría por sus venas ni

sus afectos fraternales abdicaron jamás de su noble ideal de Patria libre.

La República había surgido ya en Boyacá, con la ayuda prepotente de su brazo. Pero su Patria chica era hollada todavía por restos españoles. Se le designó para redimirla y con cien hombres siguió al logro de tan feliz encargo.

Las epidemias y deserciones le restaron más de la mitad de tan reducida tropa. Ya en tierras de Antioquia, Tolrá huye de Medellín, con sólo la noticia. Córdoba le persigue con tres o cuatro acompañantes y hace prisioneros que conduce hasta Rionegro.

Necesarios le son brazos para su empresa. Se multiplica, indaga y tras ingentes obstáculos forma ejército, pero le falta dinero para sostenerlo. Apela a los "Empréstitos" de los que no escapa ni su mismo padre Don Crisanto Córdoba, a quien asignó como contribución doscientos cincuenta pesos, que no tenía, y que no quería dar porque ya había sido gravado en otras veces; no obstante, le intima la entrega.

Don Crisanto llama a su hijo y le dice: "¿Quieres arruinarme y arruinarte, obligándome a buscar dinero que no tengo, a un interés exorbitante? ¿De dónde pretendes que saque oro para comprar una condición que no quiero y que no necesito?"

El hijo aparenta no advertir el enfado del padre y le dice: "ahí están mis caballos, mis pocas joyas y mi sueldo; disponga su Merced de todo, pero no puedo exceptuarlo, porque ninguno cumplirá entonces. La justicia entra por casa"...y entró!

Bernardo Puerta G.